

rumpido, pudo pasar ménos mal los largos meses de invierno de su cautiverio voluntario.

Otro sentimiento amargo envenenaba interiormente hasta el mismo sacrificio que estaba haciendo. Conocía que no era correspondida, porque se figuraba que Mr. Roland, al saber su resolución, habría corrido al convento para sacarla de él; pero el tiempo transcurría, y no sólo no se presentaba Roland, sino que apenas escribía. Por fin compareció al cabo de seis meses. Este hombre volvió á inflamarse de nuevo á la vista de su amiga cautiva detras de unas rejas, y se determinó á ofrecerle su mano, que ella aceptó sin dificultad. Sin embargo, tantos cálculos, tanta vacilacion y tanta frialdad habian quitado á la jóven reclusa la poca ilusion que aún podia tener, y todos sus sentimientos hácia Roland se reducian á una grande estimacion, y nada más. Puede decirse que se sacrificó más bien que entregarse. Parecióle muy hermoso inmolarsé por hacer la felicidad de un hombre de bien; pero llevó á cabo este sacrificio con la fria calma de la razon, y sin que hubiese el más mínimo entusiasmo por parte del corazón. Su casamiento fué en ella un acto de virtud, del cual gozó, no porque fuese dulce, sino porque le pareció sublime.

Aquí volvemos á encontrar á la discípula apasionada de Rousseau. El casamiento de madama de Roland es una imitacion perfecta del de Eloisa con monsieur de Volmar. La amargura de la realidad no tardó en manifestarse bajo el heroísmo de su sacrificio. «A fuerza—dice—de ocuparme en la felicidad del hombre á quien me uní, noté que faltaba algo á la mia. No he dejado un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres más apreciables que existen, y al cual podia honrarme de pertenecer; pero he conocido muchas veces que no habia entre nosotros paridad, y que el ascendiente de un carácter dominante, unido al que le daba á mi marido el tener veinte años más que yo, hacía que estuviese de más una de estas dos superioridades. Si vivíamos en la soledad, pasaba yo algunas horas penosas. Si frecuentábamos la sociedad, era yo amada de muchos, y notaba que podia suceder que alguno me interesase demasiado. En vista de esto, me decidí á asociarme enteramente á mi marido en el trabajo, y me hice su copista y su corrector de pruebas, desempeñando esta tarea que yo misma me habia impuesto con una humildad que no era propia de un espíritu tan libre y tan ejercitado como el mio. Pero esta humildad era hija sólo del corazón. Respetaba tanto á mi marido, que me complacia en suponer siempre que era superior á mí; temia tanto verle enfadado, y él era tan adicto á sus opiniones, que no tuve valor para contradecirle hasta al cabo de muchos años. A estos trabajos literarios se me agregaban las faenas caseras, y habiendo notado que no convenian á su delicada salud todos los alimentos, cuidaba de no darle sino los que eran saludables para él. Cuatro años vivimos juntos en Amiens, y allí llegué á ser madre y nodriza á un mismo tiempo. Trabajábamos juntos en la *Nueva Enciclopedia*, y no dejábamos estos estudios sino para dar algun paseo por fuera de la ciudad.»

Roland, hombre de carácter despótico, habia exigido á su mujer desde el momento en que se casó que no se tratase con las compañeras de colegio que vivian en Amiens, porque era celoso y no queria que su mujer quisiese á nadie más que á él. En esto traspasaba los límites de la razon, porque una union tan austera como la del matrimonio necesita explayarse de cuándo en cuándo en el seno de la amis-

tad. Esta tiranía de un sentimiento exclusivo no era compensada por el amor, porque Roland era demasiado exigente con su mujer, á la cual trataba más bien como trata un rígido preceptor á un discípulo, que como debe hacerlo un marido con su esposa. Si ésta no vacilaba en la pureza de sus sentimientos, era porque conocia lo grande del sacrificio y porque gozaba en cumplir con sus deberes, á la manera que goza el estoico con el dolor que sufre.

Al cabo de algunos años obtuvo Roland pasar con el mismo empleo á Lyon, su patria. Vivía el invierno en la ciudad, y el resto del año lo pasaba en el campo al lado de su madre, mujer respetable por su edad, pero insufrible en su trato. Madama Roland, que estaba todavía en la flor de su juventud, se hallaba martirizada entre una suegra implacable, un cuñado rebelde y un marido dominante. Aun al amor más apasionado le hubiese sido duro soportar esta amarga situacion; madama Roland, para dulcificarla, no contaba sino con el sentimiento del deber, con su filosofía, con un trabajo asiduo y con las caricias de su hijo. Esto le fué suficiente para transformar aquel austero retiro en una morada encantadora de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complace uno en seguir á Juan Jacobo Rousseau en sus primeros años.

VII

Hay al pié de las montañas del Beaujolais, en la larga hoya del Saona frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos y estrechas y tortuosas barrancadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertos de sauces, de abedules y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas no producen sino algunos melocotones silvestres y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la Platiere, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súbese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detras un huerto pequeñito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene, sin embargo, donde explayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes, cubiertas perpetuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven, que pudo contemplar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella habia anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podia ver por encima de los tejados de Paris se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la Platiere pasaba esta mujer su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad, que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes, cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valia de sus conocimientos en medicina para curarlos en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres

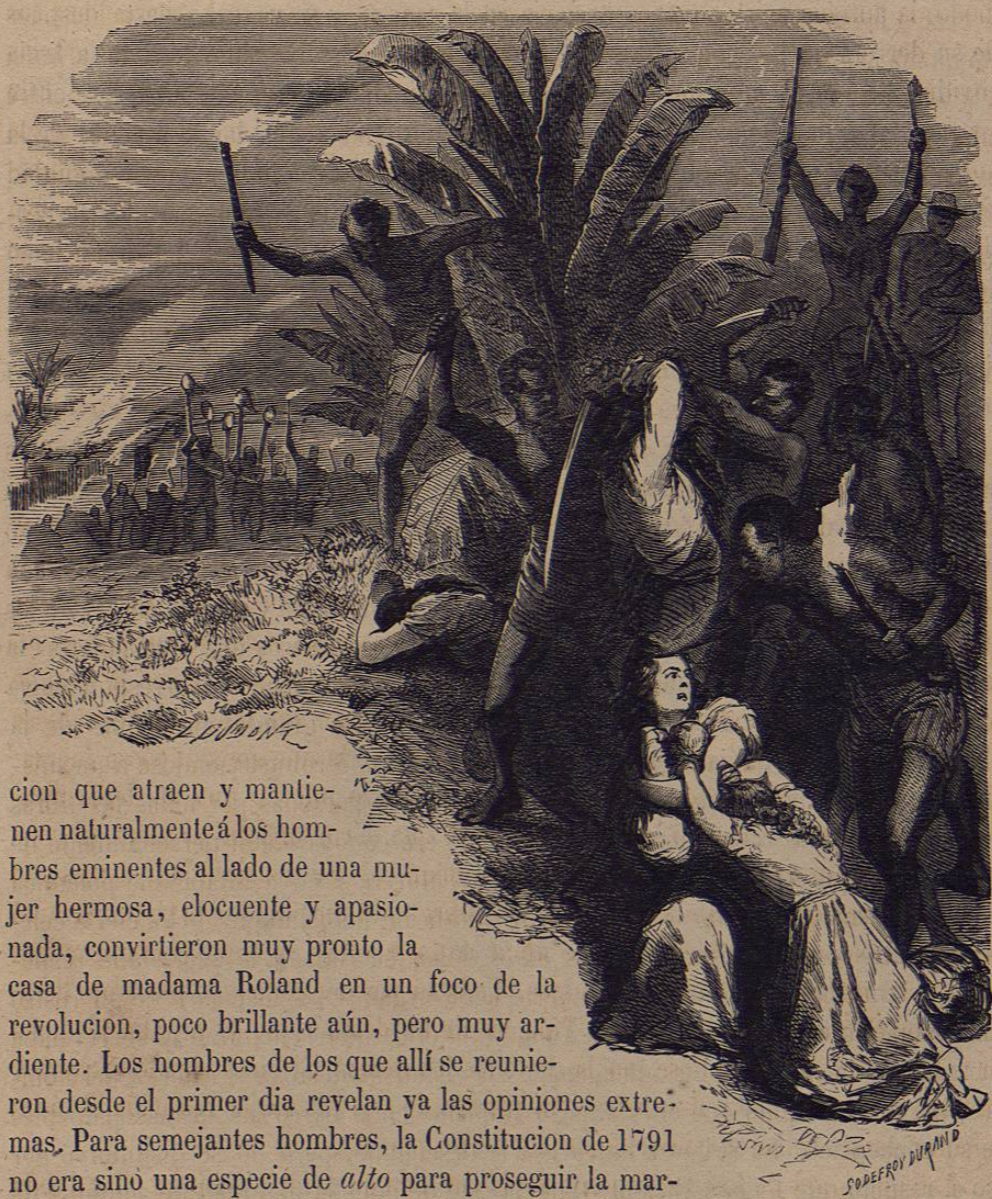
y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo, y su casa estaba llena los domingos de aldeanos curados ya ó conyalecientes, que iban allí á darle las gracias y á ofrecerle en prueba de su agradecimiento castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios, y gozaba interiormente al ver que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á éste; pero le enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres, tan tranquilos entónces, tienen tempestades más terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad como el alveo á las aguas, y que la fuerza es tan indispensable como la justicia para el gobierno de los pueblos.

La hora de la revolución del 89 había sonado ya, y había ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebria de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por las nuevas ideas en cuanto prendió la primera chispa en su corazón, y creyó de buena fe que aquella revolución era una especie de parto sin dolores, que iba á regenerar la especie humana, á destruir la miseria de las clases desgraciadas y á renovar la faz del mundo. Hasta en la piedad de las almas grandes se halla una gran dosis de imaginación. La ilusión generosa de Francia en esta época estaba en proporción con la grande obra que le tocaba llevar á cabo. Si ella no hubiera esperado tanto, no se hubiese atrevido á nada. Su fe en una regeneración social fué la que constituyó su fuerza.

Desde aquel día sintió madama Roland un fuego interior que no debía apagarse sino con su sangre. Todo el amor inerte que dormitaba en su alma, se convirtió en pasión y en entusiasmo por la humanidad. Su sensibilidad, demasiado ardiente para solo un hombre, se esparció sobre todo un pueblo. Esta mujer amó la revolución, como hubiera podido amar á un hombre, y supo comunicar esta llama á su marido y á todos sus amigos. Toda su pasión, contenida por tanto tiempo, se manifestó en sus opiniones. Vengóse de un destino que le negaba la dicha para sí propia sacrificándose por la de todos los demás. Si hubiese sido dichosa y se hubiese visto amada, nunca hubiera pasado de ser una mujer reducida al aislamiento; desgraciada, se convirtió en jefe de un partido.

Las opiniones de los dos esposos sublevaron en un principio contra ellos á toda la aristocracia del comercio de Lyon, ciudad íntegra y pura, pero ciudad también de dinero, en donde todo se calcula y en donde las ideas tienen el peso y la inmovilidad de los intereses. Tienen las ideas una corriente irresistible que arrastra tras sí hasta las poblaciones más estacionarias. Lyon se vió arrastrada y sumergida por las opiniones de la época. Mr. Roland fué elegido para la municipalidad inmediatamente, y se pronunció á favor del nuevo orden de cosas con toda la rigidez de sus principios y con toda la energía que había en el alma de su mujer. Temido por los débiles y adorado por los impacientes, su nombre fué una injuria en un principio, y después se convirtió en una bandera. El favor público le vengó de los ultrajes de los ricos. El Consejo municipal le comisionó entónces para ir á París á defender ante las comisiones de la Asamblea constituyente los intereses comerciales de Lyon.

La intimidad de Roland con los filósofos y con los economistas que formaban el partido práctico de la filosofía, sus relaciones forzadas con los miembros influyentes de la Asamblea, sus gustos literarios, y sobre todo el encanto y la seduc-



ción que atraen y mantienen naturalmente á los hombres eminentes al lado de una mujer hermosa, elocuente y apasionada, convirtieron muy pronto la casa de madama Roland en un foco de la revolución, poco brillante aún, pero muy ardiente. Los nombres de los que allí se reunieron desde el primer día revelan ya las opiniones extremas. Para semejantes hombres, la Constitución de 1791 no era sino una especie de *alto* para proseguir la marcha con nuevo ardor.

Matanza de blancos en Santo Domingo.—Pág. 263.

El 20 de Febrero de 1791 volvió madama Roland á entrar en París, de donde había salido cinco años ántes joven, desconocida y sin nombre, y adonde volvía ahora como una llama para animar á todo un partido, fundar la república, reinar un momento, y morir en seguida. Ella tenía en su alma un presentimiento confuso del destino fatal que la aguardaba. El genio y la voluntad conocen sus fuerzas, sienten ántes que los demás, y profetizan su misión. Madama Roland parecía arrastrada de antemano por la suya hácia el centro de acción. Al día siguiente de su llegada se presentó ya en las sesiones de la Asamblea. Allí vió al poderoso Mirabeau, al sorprendente Cazales, al audaz Maury, al astuto Lameth y al impávido Barnave. Notó con el despecho del odio en la actitud y en el lenguaje de los miembros del lado derecho aquella superioridad que dan la costumbre del dominio y la confianza en el respeto de las masas; en los del lado izquierdo reparó con sentimiento profundo la inferioridad de los modales y un gran fondo de insolencia mezclada con unos conocimientos muy mezquinos. De este

modo, la antigua aristocracia sobrevivía en la sangre, y se vengaba hasta después de su derrota de la democracia, que aunque la había subyugado, todavía la tenía envidia. La igualdad existe en las leyes mucho tiempo antes de establecerse entre las razas. La naturaleza es aristocrática; es preciso tener una larga práctica de la independencia para dar á los pueblos republicanos el noble continente y la dignidad civilizada del ciudadano. En las revoluciones, hasta en el mismo vencedor se percibe por mucho tiempo el *advenedizo* de la libertad. Las mujeres tienen un tacto delicado para distinguir estos matices. Madama Roland los comprendió; pero lejos de dejarse seducir por aquella superioridad de la aristocracia, se indignó más y sintió que su odio iba en aumento contra un partido al cual se le podía abatir, pero era imposible humillarlo.

Entonces fué cuando los esposos Roland se unieron estrechamente con algunos de los más fervientes partidarios de las ideas revolucionarias. No eran éstos los que más figuraban por el favor del pueblo, ni por lo brillante de sus talentos, sino los que parecía que amaban la revolución por sí misma, y que se sacrificaban con un sublime desinterés, no por sus propios adelantos, sino en beneficio y por los progresos de la humanidad. Brissot fué uno de los primeros que frecuentaron la casa de Roland. Mucho tiempo hacía que sus dueños estaban en correspondencia con él sobre asuntos de economía política y sobre los grandes problemas de la libertad. Sus ideas habían fraternizado; y habiendo ido robusteciéndose á un mismo tiempo, y aunque unidas de antemano estas tres personas por todas las fibras de unos corazones revolucionarios, Brissot no era conocido aún personalmente de los dos esposos. Aquel hombre, cuya vida aventurera y cuya infatigable polémica tenían mucha analogía con la juventud de Mirabeau, había adquirido ya cierta celebridad entre los periodistas y en los clubs. Madama Roland le aguardaba respetuosa, y tenía mucha curiosidad de verle para juzgar si las facciones de su rostro correspondían á la fisonomía de su alma. Ella creía que la naturaleza se revelaba en todas las formas y que la inteligencia y la virtud modelaban el exterior del hombre, del mismo modo que el estatuero imprime en el barro las formas palpables de su concepción. La primera entrevista la desengañó, pero no se disminuyó por eso el respeto que tenía á Brissot. Carecía éste de aquella dignidad de actitud y de aquella gravedad de carácter que parece el reflejo de la dignidad de la vida y de la gravedad de las doctrinas. Notábase algo en el hombre político que recordaba el libelista. Su ligereza chocaba á madama Roland, y hasta su alegría le parecía una profanación de las ideas austeras de que aquel hombre era órgano. El espíritu revolucionario, suficiente para apasionar su estilo, no lo era para lograr que aquella pasión se trasluciese en su rostro. Aquella mujer no hallaba en él bastante odio contra los enemigos del pueblo. Parecía que el alma móvil de Brissot no era suficientemente fuerte para llegar hasta el sentimiento del sacrificio. Su actividad, extendida á todos los objetos, le daba la apariencia de un artista de ideas, más bien que de un apóstol de la libertad. Pasaba también por ser un gran intrigante.

Brissot presentó en casa de madama Roland á su amigo y discípulo Petion, miembro ya de la Asamblea constituyente, y que se había distinguido por sus discursos en dos ó tres ocasiones. Era fama que Brissot le inspiraba. Buzot y Robespierre, miembros igualmente de la Asamblea, fueron también presentados en casa de la célebre republicana; Buzot, cuya belleza triste y cuya intrepidez y elocuencia



BUZOT.



debían, andando el tiempo, agitar el corazón y excitar la admiración de madama Roland; Robespierre, á quien la inquietud de su alma y el fanatismo de sus odios arrojaban ya desde entónces como un fermento de agitación en todos los conciliábulos en donde se conspiraba en nombre del pueblo. También acudían allí algunos otros cuyos nombres daremos á conocer á su tiempo en los fastos de este nuevo partido. Brissot, Petion, Buzot y Robespierre convinieron en reunirse cuatro veces por semana en aquella casa.

El objeto de estas reuniones era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia armaba á la revolución, y sobre el impulso que debía darse á las opiniones, muy debilitadas ya, por ver si se podía acabar de consolidar el triunfo. Escogieron estos hombres para sus conciliábulos la casa de madama Roland por estar situada casi en el centro de todas las de los miembros que debían acudir allí. Aquí, como en la conspiración de Harmodio, era una mujer la que estaba con la antorcha en la mano para alumbrar á los conspiradores.

De esta suerte, madama Roland se hallaba colocada desde los primeros días de su llegada á París en el centro del movimiento. Su mano invisible tocaba los primeros hilos de una trama que, enredada y confusa todavía, debía desarrollarse en lo sucesivo por los más grandes acontecimientos. El papel que le tocó desempeñar era el único que podía permitirse á su sexo, y halagaba á la vez su orgullo mujeril y su pasión política. Ella supo salir con él con una modestia que hubiese sido una obra maestra de habilidad, á no haber sido en ella un simple dón de la naturaleza. Sentada al lado de un velador, fuera del círculo que aquellos hombres formaban, trabajaba en sus labores ó escribía, escuchando con una indiferencia aparente las discusiones de sus amigos. Muchas veces estaba tentada por tomar parte en ellas, pero se mordía los labios para reprimirse. Lo largo y difuso de aquellos consejos sin resultado inspiraba un hastío secreto en aquella alma enérgica y activa. La acción se evaporaba en palabras inútiles, y el tiempo pasaba llevándose consigo la ocasión oportuna, que nunca vuelve á presentarse.

Bien pronto las victorias de la Asamblea constituyente enervaron á los vencedores. Los jefes de esta Asamblea retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revisión de la Constitución en un sentido más monárquico. Los diputados que se reunían en casa de madama Roland se desanimaron con esto, y cada uno tiró por su lado. Únicamente permanecieron en su puesto aquel corto número de hombres decididos é inflexibles que se sacrifican por un principio, sin que influya en este sacrificio lo bueno ó malo que pueda sobrevenir, y que se unen á las causas desesperadas con mayor fuerza á medida que la fortuna les va siendo más adversa. Buzot, Petion y Robespierre fueron de este número.

VIII

Hay para la historia una curiosidad siniestra en ver la primer impresión que hizo en madama Roland el hombre que, calentado en su seno y conspirando entónces con ella, había de derribar un día el poder de sus amigos, sacrificarlos en masa y enviarla á ella al cadalso. Ningun sentimiento de aversión advirtió á aquella